

D. Pascual de Gayangos y los libros

MANUEL CARRION GUTIEZ
Subdirector de la Biblioteca Nacional

Los últimos 30 años del siglo XIX trajeron consigo tal cosecha de adquisiciones extraordinarias para la Biblioteca Nacional, que la convirtieron de hecho en el primer centro hispánico de la cultura impresa española para siempre. La cosa ocurrió, más o menos, mientras se construía el nuevo y actual edificio de la Biblioteca, es decir, entre 1866, año de la colocación de la primera piedra por Isabel II bajo la dirección de Harzenbusch y 1898, cuando, nombrado director Menéndez Pelayo, hacía apenas dos años que se había abierto al público el nuevo edificio. En este tercio de siglo la Biblioteca, que había tomado con su Reglamento de 1857, las riendas de la actividad bibliográfica del país, al establecer sus premios anuales, daba el golpe de gracias a la bibliofilia romántica. Se va a terminar la muchedumbre de buscadores enfervorizados y casi siempre afortunados que enmarañaban —acaso no siempre magnánimamente, pero en el fondo, como veremos, con resultados positivos— el aire cultural de país con una red de noticias calientes y apasionadas, fabricantes de amistades más o menos acrisoladas y cuyo origen y fin eran siempre los libros. Los últimos bibliófilos enredados todavía en aquella trama van a dar lugar con sus fondos a bibliotecas públicas: Sancho Rayón, el terrible «Culebro», a través del marqués de Jerez de los Caballeros y de Huntington, a la de la Hispanic Society of America; Menéndez Pelayo a la que lleva su nombre en Santander. Cuando no se sigue este camino se va a terminar en cementerios de libros (como es el caso de la colección Zabálburu) o se tratará de coleccionistas más que de bibliófilos (pongamos por caso Sedó Marés o Bartolomé March, aunque no dejen de existir bibliófilos a la antigua (tal Rodríguez Moñino), los cuales, como los gitanos de Lorca, van ya «por el monte solos». Un monte, por lo demás, que ya no es ni puede ser orégano.

En efecto, entre las fechas citadas, la Nacional se enriqueció con más de 200.000 piezas preciosas, comenzando por la colección de

Carderera en 1867 para terminar por la de Gayangos en 1899, pasando por las de Castellanos, La Barrera, Marqués de la Romana, Estébanez Calderón, Usoz y Agustín Durán (las cuales, aunque adquiridas algunas con anterioridad, inundaron juntas la Biblioteca en el año, probablemente irrepetible, de 1873); por las de López de Ayala, Campo Alange, Osuna y Barbieri, por no citar más que las de mayor envergadura. Para bien de la cultura española y para redención de posibles culpas, la bibliofilia romántica desembocaba gloriosamente en la mar de la Biblioteca Nacional. Su muerte, no era, pues, un suicidio.

Era preciso comenzar recordando esto. Porque quienes trabajamos en esta casa, nos hemos acostumbrado a tratar por medias docenas lo que muchos catálogos consideran sumamente raro y, entre los ejemplares retirados como múltiples, podemos toparnos con facilidad con un sello cuadrangular y oblongo en tinta roja dentro de cuyo simplicísimo marco se lee: «D. Pascual de Gayangos». Para nosotros es por de pronto un ex-libris, el más frecuente con el que es dado toparse aquí. Gayangos, a pesar de su aire jocundo, desgarrado a veces, pero sin los excesos de Barbieri; con su liberalismo abierto y moderado, bajo el cuidado de su atento amigo Estébanez Calderón; con su rica vida social; con su afición numismática y por las antigüedades, es sobre todo una presencia libresca la más completa acaso que sea posible vivir, puesto que ni siquiera sus tareas docentes (abandonadas en 1837 y vueltas a abandonar muchos años más tarde mal disimuladamente en una comisión de servicios que luchó por prorrogar «sine die») le apartaron nunca de vivir en los libros por inmersión.

Los libros le excitaban, provocaban sus secreciones intelectuales y vitales. Libros para descubrirlos, poseerlos, describirlos, vaciarlos, editarlos y terminar acaso —eterno sueño del «omnia in uno»— por concentrarlos en uno solo con universal noticia de todos. Dos comentarios a sendos libros de Francisco Porrás Huidobro y de Louis Viardot le dieron la alternativa al escribir sobre la literatura aljamiada y sobre los manuscritos arábigos en España y los manuscritos del British Museum le seguían acompañando cuando terminó su vida en Londres. Los libros le dieron medios para lo que él llamaba «la bucólica» y para mantener una intensa vida social y el tren de vida de una esposa «who wants to be in society». Los libros le hicieron encrucijada (para hispanistas, bibliófilos, bibliógrafos, eruditos, libreros y bibliotecarios) de un siglo que había comenzado con la juventud de Gallardo y que pasaría al siguiente con la madurez de Menéndez Pelayo, dando tiempo a que naciera, creciera y se consumara la «bibliofilia romántica» descrita a su manera, aunque con agudeza, por Sobolevsky¹. ¿Cómo

¹ Sobolevsky, Sergio: *Bibliofilia romántica española*. Intr. y notas A. Rodríguez-Moñino. Valencia, Castalia, 1951.

definir a un hombre así que fue archivero, arqueólogo, orientalista y arabista, académico, historiador, erudito, bibliógrafo y bibliófilo?

Por supuesto que fue arabista y lo fue hasta el pintoresquismo. Ramírez de las Casas-Deza, quejumbroso bibliotecario frustrado de la provincial de Córdoba, ve así a Gayangos a la vuelta de éste de su viaje africano en el verano de 1848:

«Por el mes de agosto, pasó por ésta el célebre orientalista D. Pascual Gayangos, que me traía una carta de recomendación de D. Valentín Carderera; pero llegó la diligencia a hora tan inoportuna, que no pudo verme y me escribió desde Sevilla diciéndome que nos veríamos a la vuelta de su viaje. En efecto, por octubre o noviembre, recibí un aviso del parador de la diligencia en que se me avisaba que había llegado un caballero que quería verme. Fui allá y me encontré a un señor de regular estatura y medianas carnes, el rostro redondo y blanco, los ojos más bien grandes que pequeños y como un poco amortiguados, bastante calvo y con bigote, y no recuerdo si también barba, que vestía un jaique africano de una tela de lana gruesa y de color claro y con capucha, que tenía echada, y parecía un moro pintiparado: era D. Pascual Gayangos. Nos saludamos muy afectuosamente y me comunicó que venía de hacer un viaje por Berbería donde había adquirido varios escritos y objetos curiosos de que me mostró algunos»².

Gayangos fue también un bibliófilo a su manera. Fitzmaurice-Kelly (en la necrológica que le dedica en 1897 en la *Rev. Hispanique*³) tiene buen cuidado —acaso excesivo— en resaltar esta condición: «Pero (Gayangos) tuvo un insuperable instinto para la adquisición de rarezas bibliográficas y su pasión predominante fue la de coleccionista. El hecho de que una obra determinada fuera escasa le inclinó a veces a sobrevalorar su importancia literaria y a cantar sus alabanzas un poco por encima de lo debido.»

Pero de la *condición de bibliófilo de Gayangos* hablan y hasta pregonan sobre todo sus colecciones. La de manuscritos y libros de arabismo que fueron a parar a la Academia de la Historia, antes de su muerte, y que sería inagotablemente aumentada por sus herederos después de muerto y la de sus libros y manuscritos que pasó a la Biblioteca Nacional. 1.315 cuerpos de «libros y legajos» (catalogados por Roca en su conocido catálogo) que ocupan las signaturas Ms. 17.451-18.582 de la Sección de Manuscritos y unos 22.000 volúmenes impresos hablan por sí solos. El *Informe* emitido por la comisión mixta nombra-

² *Biografía y memorias especialmente literarias de don Luis María Ramírez de las Casas-Deza*. Pról. J. M. Cuenca Toribio. Córdoba, Facultad de Filosofía y Letras, 1977, pág. 135.

³ *Rev. Hisp.*, 4 (1897), págs. 339-341.

da para enjuiciar la conveniencia de su adquisición por el Estado y para la tasación de la misma, aparte de constituir un folleto magníficamente impreso⁴ es una continua confesión de pasmo ante lo reunido por el «sabio coleccionista», cuyos hijos, con su «acendrado patriotismo» hicieron posible la adquisición para España de esta riqueza que siempre había sido de España.

Gayangos fue, sin duda, bibliófilo de su tiempo; es decir, de una época, en la que, por un lado, no había bibliotecas públicas (y no entremos ahora a enjuiciar su necesidad para tiempos en los que, como quiere Sobolevsky, había una en cada palacio y en cada convento) y, por otro, los libros más preciosos andaban arrinconados o en bodegas o bien callejeando por obra de guerras y de revoluciones y por las disposiciones desamortizadoras que, desde 1835, no consiguieron dar frutos culturales discretos hasta el nacimiento del Cuerpo Facultativo en 1858. En este denso revuelo bibliográfico se tejió una tupida red de correspondencia y de compadreos cuyo conocimiento nos da ahora la impresión no sólo de que los libros y las noticias sobre ellos fueron la preocupación fundamental de la cultura del XIX, sino de que dicha red está en la base de la investigación histórica y literaria de la misma centuria y hasta de que toda amistad comenzaba y terminaba en sus hebras. Gayangos estuvo en esta red. Y no se vió libre de algunas sombras, aunque no tantas ni tan oscuras, como algunos quieren.

Por supuesto que se aprovechó de sus muchos viajes y de su contacto con los libreros de España (Blas Hernández, Pereda, García Rico, etc.) o de Europa (Fross, Quaritch) cuyas librerías conocía a fondo, a veces hasta sus más íntimos revovecos. Por eso en carta a Adolfo de Castro⁵ (20.9.53) se queja de que entre los libreros valencianos ya «no hay uno que no sea abogado, que no tenga el Brunet y el catálogo de Salvá» y algunas veces, como en el caso de los 7 legajos de Granvela, es demasiado poco decirnos que los adquirió «en un comercio de Madrid»⁶.

Sus fuentes de información eran, en principio, los catálogos de libreros y de subastas y las listas de fondos guardados por coleccionistas muertos o por morir, porque no evitó el riesgo de parecer a veces un punto «carroñero»:

«Don Justo Sancho, el escribano, aquel amigo de usted, se murió y

⁴ Informe emitido por la comisión nombrada por las Reales Academias Españolas y de la Historia sobre la conveniencia de la adquisición por el Estado de la biblioteca de D. Pascual de Gayangos y tasación de la misma. Madrid, Establ. tipogr. de Fortanet, 1899.

⁵ Rodríguez-Moñino, Antonio: «Epistolario de don Pascual de Gayangos con don Adolfo de Castro» (1848-1861). *BRAHist.*, CXLI (1957) págs. 287-329. P. 317.

⁶ Según Roca, Pedro: *Catálogo de los manuscritos que pertenecieron a D. Pascual de Gayangos, existentes hoy en la Biblioteca Nacional*. Madrid, 1904. Núm. 236 («Correspondencia del cardenal Granvela»).

yo ando, como usted puede imaginarlo entre sus herederos y testamentarios, viendo el modo de que me dejen escoger de sus libros los mejores y más baratos»⁷.

No es menos desenfadado el tono, cuando se trata de amigos propios:

«Usted dirá ¿y cómo en Tarragona? Muy sencillamente. Mi hija permanece aún en Londres y yo he venido a solazarme por estas regiones donde el sol nace, después de pasar unos días en Murcia, Cartagena, Alicante y Valencia. Al primero de aquellos puntos me llevó casi sin querer la muerte de un tierno amigo (que sin duda también lo fue de usted) el canónigo Lechaur, hombre muy aficionado a Jansenio y a otros herejes que diz le salía la punta del rabo por debajo de la sotana, olía a azufre a legua, y había pasado algunos años en Londres. Este tal dejó una librería a cuya venta quise asistir, y en lo que efectivamente hice buena ancheta, y la hubiera hecho aún mejor a no haber el susodicho canónigo dispuesto que ciertos libros jansenísticos de los más curiosos, y una colección de Biblias y Nuevos Testamentos en castellano, y otros librejos, uno de los cuales solo hubiera bastado en otro tiempo para quemar toda una generación, se reservasen para otro curita sobrino suyo, hombre que también lleva rabo debajo de la sotana y que promete para lo venidero»⁸.

De esta suerte iban cayendo en sus manos libros que dejaban tras de sí los bibliófilos y coleccionistas del XIX, muchos del XVIII y algunos del XVII. Fondos de Joaquín M. Bover, de Llaguno, de Armona, de Cosens y de Gallardo componen más de un cuarto de su colección de manuscritos.

Pero para convertirse en un Briareo, el gigante de los cien brazos, como le llamaba Barbieri, era necesario mucho más: eran precisos los viajes incansables y a veces sumamente arriesgados —como el realizado a Loja que cuenta en carta a Pavón—⁹ los cuales, por otro lado, podían no servir más que para levantar la pieza. Cobrarla ya era otro cantar. Es aquí donde comenzaba a funcionar la red de corresponsales, fieles o interesados, eruditos que se honraban con la amistad de Gayangos o simplemente «chalanés». Si en un principio le sirvió de «agente principal» Estébanez Calderón, hasta su muerte, con Basilio Seb. Castellanos, a partir de 1866 y hasta el final, será Asenjo Barbieri algo así como su agente central en España (Gayangos lo era para

⁷ Carta a A. de Castro. L.C. en nota 5, págs. 328.

⁸ *Ibid.*, págs. 316-317.

⁹ Carta a Francisco de Borja Pavón de 25.3.1855. José Simón Díaz publicó este epistolario de Gayangos, junto con otros de nuestro bibliógrafo que se conservan en la Biblioteca Nacional en *Aportación documental para la erudición española. Epistolario de D. Pascual de Gayangos*. Suplementos a los tomos II (1948), III (1949) y IV (1950) de *Revista Bibliográfica y Documental*. Madrid. La carta citada, en suplemento 1, págs. 27-28.

Barbieri en Londres y en Europa) como apoyo de su yerno, «Mahoma», Juan Facundo Riaño.

Y, sin embargo, Gayangos no era ni mucho menos, un bibliómano enfermizo, un taimado bibliopola o un millonario caprichoso. «Vayan Gayangos y Madrazo y descubran mucho y bueno que ya nos lo dirían», escribe Castellanos a Ramírez Casas-Deza¹⁰ (se trata de un viaje a la Córdoba de éste). Nadie menos resentido o jereñaco que Gayangos, nadie más desprendido en su caza. Y por eso cazaba. «El bueno de Pozo —el organista cojo y acaso depredador de Córdoba— me da a mí a roer los huesos y la carne mollar se la da a Gallangos (sic.)... A éste le ha proporcionado un Esplandián por treinta rs. y a mí no me ofrece sino los libros más vulgares»¹¹ se queja Estébanez a Casas-Deza. Y había de qué.

Los primeros fondos importantes de que dispuso Gayangos fueron, según confiesa él mismo¹², los 20.000 rs. que le regaló la Sociedad Oriental, para la compra de libros de historia, al comenzar su traducción de *Las dinastías...* de Almaqqari, pero ya muchos años antes, en 1832, era Gayangos mozo «a quien la vista de un librejo gótico, rancio, semirroto y envuelto en sus primitivas túnicas de ovejuno pergamino, ofrecía mayor atractivo que la de una hermosa y bien ataviada doncella»¹³. Tuvo las cosas todo lo claras que podía tenerlas un bibliófilo romántico que, no buscándolo todo, lo aceptaba todo para poder alcanzar los libros de su gusto. Campo de predilección que era muy ancho, como corresponde a quien, sin confesarlo tan paladinamente como Estébanez, tenía la aspiración de «escribir una *Historia de la literatura española*, la más *consciencieuse* y mejor rumiada que exista, y que asegure claro y duradero renombre»¹⁴, pero que dentro de su amplitud tenía unos puntos de orientación: manuscritos árabes y libros de arabismo (junto a su colección arqueológica y numismática del mismo tema), afición que nunca le abandonó; libros de caballerías, descripciones y guías de lugares, ya tardíamente y acaso aprovechando la oportunidad que se presentó a la muerte de Richard Ford. Era lo suficiente para saber por dónde había de orientar el empleo de sus recursos, el fruto de las compra-ventas que él directamente o como mediador de Estébanez y de Barbieri, hacía; el resultado de sus canjes, procedimiento éste que siempre le pareció el más elegante: «Ayer le dimos el último avance a Gallardetejo y ya tengo en mi poder para V. el

¹⁰ BN. Madrid. Ms. 12.972-39. La carta es de 13 de mayo de 1854.

¹¹ Carta de 4 de julio de 1857. Ibid.

¹² Carta de 25 de noviembre de 1851. O. c. en nota 9, pág. 11.

¹³ Roca, Pedro: «Noticia de la vida y obras de don Pascual de Gayangos». En *RABM*, 3.^a época, 1 (1897), págs. 544-565; 2 (1898), págs. 13-32, 70-83, 110-130, 561-568; 3 (1899), págs. 101-107. Nuestro lugar citado en 1, págs. 555.

¹⁴ Citado por Roca, «Noticia...», 2, pág. 79.

Pentateuco M.S. en hebreo, que sale a V. por el mismo precio de las Ordenanzas de Salamanca que le dejé a cambio»¹⁵. Y no todo fueron gangas. Le asustan los 4.000 rs. que le piden por algunas ediciones del *Cancionero General*, pero nos quedamos perplejos comprobando que, en la subasta de Gubian en Oporto, paga, para él o para Barbieri, 3.200 rs. por un libro de música de Martínez y 8.000 (!) por un *Canto llano* de Bizcargui¹⁶.

Como miembro de la cofradía bibliofílica, Gayangos participó del cuidado por mejorar de ejemplar, por completarlo o restaurarlo:

«Mucho convendría que, aprovechando los instantes en que, armado de pincel y paleta, y desleyendo sus colores para formar uno que tire a hoja seca, y imite el papel antiguo, le diese V. a Mahoma, nuestro querido pariente, el *Cancionero General* para que, con la destreza y habilidad que le son propias y congénitas, retoque ciertas puntas y remiendos de papel blanco que desdican mucho del amarillento y tostado en que se hizo la impresión antuerpiana. Son estas cosas como los lazos y moños que adornan el zapato de una andaluza; si no están bien peinados y compuestos, el pie que los lleve pierde en hermosura»¹⁷.

Gozó e hizo compartir el gozo por la pieza conseguida, como puede ser el códice Chacón de Góngora; llevó puntillosamente sus cuentas («Cuentas con José Sancho: el 2 de julio le di 1.000 rs. a cuenta, habiéndole ya dado anteriormente hasta 7.500 r.»)¹⁸; puso notas en los ejemplares hasta donde le pareció «conveniente» y organizó las «grandes maniobras» cuando lo creyó necesario:

«Días atrás, un canónigo con botas de montar que trabajaba a mi lado en el archivo me dio un alegrón, pues me dijo tenía en su casa algunos libros viejos... Ya se puede V. figurar si desde aquel momento mismo no hubo un cambio recíproco de tarjetas y si a la mañana siguiente no me encajé a lo último de Leopoldstadt del otro lado del Danubio a ver los susodichos libros, en los cuales no había más que un

¹⁵ Carta de Asenjo Barbieri a Gayangos de 20.5.1869, publicada por Homero Serís en su *Nuevo ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*. Nueva York, 1964, t. I, pág. 179.

¹⁶ Véase nota 9 y Ms. 14008 de la BN. Madrid. Carta 6 de 27.10.1867. Gayangos se refiere a los números 452 («Martínez. Canto llano. 3.200») y 621 («Biscargui. 8.000»). De Barbieri llegó a la Biblioteca Nacional *Introducción muy útil y breve al canto llano*, de Gonzalo Martínez de Bizcargui. Burgos, Fadrigue Alemán de Basilea. Tiene la sign. I (Incunables) 2165. Sobre estos precios baste decir que 8.000 rs. era prácticamente el sueldo anual de un bibliotecario de la Nacional por estos años y que, en 1841, Gayangos estuvo a punto de cobrar muy contento 12.000 rs. como vice-cónsul de España en Túnez.

¹⁷ Carta a Barbieri de 26.3.1868. Se hallan en la obra ya citada en nota 9 y en Ms. 14.008. En adelante no citaremos más que la fecha o el número de la carta.

¹⁸ Ms. 18.537 de la BN. Madrid. De su adquisición del famosísimo códice gongorino que fue del conde-duque, escribe en carta a Pavón (O. c. en nota 9, sexta serie, pág. 9: «Es una alhaja y aun[que] me ha costado carilla vale mucho más de lo que por ella he dado.»

Guzmán de Alfarache de 1.600 (que le recogí por ser obra picaresca e indigna de un eclesiástico, como le probé)»¹⁹.

«Creo por fin haber dado con el *Cancionero de Martínez de Burgos* que poseyó Goyanes y cita Llaguno en el Apéndice a la Crónica de don Juan. Doña Gregoria Acosta, viuda de don Manuel Lozar, vive en Madrid, calle de la Aduana, núm. 127. Esta señora heredó de su marido, que heredó a Floranes, este manuscrito y otros... Interrogada de nuevo (por el cura que es amigo y protegido mío) contesta que ignora si un sobrino suyo que vivía en Oviedo y ha fallecido se lo llevó consigo, el cual se quedó con toda la librería de Lozar y Floranes. V. no lo dudo hará una visita a dicha señora, le hablará de los estupendos trabajos de su antepasado don Rafael Floranes Robles, académico de la Historia, le dirá que otro académico llamado *Pilatos* amigo del cura de Simancas desea transmitir a la posteridad el nombre de tal ilustre literato, necesita sus papeles para consultarlos y sacar de entre ellos lo que sea útil...»²⁰.

He aquí unas muestras de la sorna que no le abandona casi nunca, del aire alegre con que Gayangos ejerce su condición de bibliófilo sin forma alguna de patetismo. A veces vio pasar por delante de sus ojos las alas de un sueño. El 10 de diciembre de 1870, muerto Pedro Salvá, escribe a Barbieri proponiéndole un plan para evitar que la gran biblioteca del librero vaya a parar a «esta Babilonia» de Londres. Por septiembre del 71 volvió a intentar la aventura con dinero hasta 6.000 libras de alguien que no era librero. Pero hubo de contentarse con comunicar a Barbieri poco más tarde la adquisición de este fondo por Ricardo Heredia en 28.000 duros²¹. Gayangos sabía hasta dónde podía llegar y nunca le quedaba en el alma la llaga de ninguna derrota. Vivía para los libros, pero los libros no eran su vida. Hay una carta de fines de 1841 a Castellanos, la misma en la que le comunica haber sido nombrado vice-cónsul de España en Túnez, en la que paradójicamente, al tiempo que le pide el envío de sus viejos libros de Madrid, le confiesa estar curado de toda fiebre bibliofílica:

«Bien sé que a quien es bibliómano como tú le costará trabajo el deshacerse de estas venerables reliquias de nuestra desconocida cuanto abandonada literatura... No quiero sin embargo que te prives por esto de aquellos que más necesitas, pues entre nosotros dos no ha habido ni debe haber nunca *tuyo y mío*... No te pido mis libros por sentirme devorado de esa ansia bibliofílica que todo lo apetece y con

¹⁹ Carta 18, de 23 de agosto de 1870, desde Viena.

²⁰ Carta 19, de 10.12.1870. En la misma carta se advierte cuán avisado anduvo Gayangos para comenzar la caza de la biblioteca de Salvá. La aventura, evidentemente, superaba sus posibilidades económicas.

²¹ Véase carta 32 de Gayangos a Barbieri.

nada está contenta y de que estuve en otros tiempos poseído; te participo que he logrado deshacerme enteramente de tan ruinosa ambición y que hoy día prefiero una edición moderna a una edición príncipe siempre y cuando aquélla fuere más correcta; y que si ahora deseo más que nunca poseer aquellos pocos libros es porque, lejos, como estaré, de bibliotecas necesito para no olvidar enteramente mi lengua natal el tener a mi lado cierto número de libros castellanos»²².

¿Es la confesión de una crisis? Creo que es más bien la exposición de toda una postura intelectual: su bibliofilia solía detenerse allí donde tenía a mano una buena biblioteca y donde no estaba en juego «nuestra venerable literatura». Con ello nos está mostrando su faceta de investigador devoto y erudito.

Mas antes de detenernos en esta faceta, bueno será examinar la limpieza de sus procedimientos de bibliófilo que, si prestaba por un lado ayuda a hispanistas y eruditos, rozaba por otro la compañía de chalanes, tragalibros y bibliopolas de toda laya en una mezcla que no ha dejado de ser posible, pero que tuvo en la bibliofilia romántica su caldo más fértil de cultivo. Estoy hablando del peligro de ejercer de *bibliopirata*.

Creo que sólo dos personas han acusado claramente a Gayangos de bibliopiratería (más una tercera, Homero Serís, en la huella de la segunda): Gallardo y Rodríguez-Moñino. Tomar en serio el remoquete de «biblio-pirata» que Barbieri aplica a Gayangos en su carta desde El Escorial de 8.9.74 son ganas de desconocer el tono de constante broma en que escribía Barbieri²³.

El ataque de Gallardo le había llegado a Londres en 1841:

«Acabo de leer por mi madre que el bribón de Gallardo no sabiendo como morder en mi obra, se deja decir que tanto el manuscrito que he traducido, como los demás que he consultado para mis notas, y he citado en mi prólogo son extraídos por mí de la Biblioteca Nacional. Afortunadamente se conserva en esa un índice exacto formado por Conde, y temiéndome yo algún trampantojo de esta especie, he tenido buen cuidado de hacer una descripción tan exacta y minuciosa de los míos que le será muy fácil a la persona más inexperta el conocer si los códices que cito como pertenecientes a mi colección (tengo cerca de 200) han sido o no de la Biblioteca... A Gallardo si le ves le dirás que es un tunante y que he de hacer un viaje a España sólo para sacarle la lengua: y además que yo haré patente ciertas transacciones suyas en este país por las que conocerá el público si soy yo el que saca los libros

²² Transcrita por Simón Díaz en o.c. en nota 9, quinta serie, pág. 11. Es carta a Basilio. Seb. Castellanos, probablemente el corresponsal de su mayor confianza.

²³ Me refiero a la transcrita por H. Serís, quien parece tomarla en serio, en su *Nuevo Ensayo...*, I, pág. 190.

de España o él. Pregúntale si se acuerda de Thomas Redd, el librero, etc.»²⁴.

No era Gayangos solo. Richard Ford, en carta a Gayangos,²⁵ nos dirá, por ejemplo, que Stirling tiene «un bello Pacheco que le ha enviado el viejo Gallardo de Toledo». Pero no basta con defender atacando, sobre todo en el caso de Gallardo quien, ya antes del soneto de El Solitario y antes de los dos folletos de Adolfo de Castro de 1851, levantaba pavor a su paso. Sirva de ejemplo el caso de una de sus estancias en Córdoba que nos cuenta el quejumbroso Ramírez de las Casas-Deza haciéndonos ver cómo se las ingenió para estar un día («le encerraron en ella a las ocho de la mañana y salía a las dos de la tarde») a solas en la biblioteca capitular y cómo el «jefe político» señor Iznardi llevó sus temores hasta el extremo de provocar la dimisión de nuestro narrador de su puesto de bibliotecario de la naciente provincial de la capital de la mezquita por su exceso de confianza en Gallardo²⁶.

La respuesta de Gayangos parece suave; una muestra de las mismas buenas maneras que después demostraría también, y sobradamente, ante los ataques de Dozy. Pero más tarde depuso contra Gallardo en el proceso promovido por Estébanez Calderón («Malagón Farfalla» para el caso) y, antes de aprovecharse cuanto pudo de los restos de la biblioteca del extremeño, nos dejó unas líneas de extraña y ácida crueldad:

«De Murcia salí para Cartagena cargado como una colmena spoliis onustus, palabras de aquel iracundo extremeño Q.E.P.D. con cuya azarosa vida concluyeron a un tiempo cierto rapazuelo gaditano (se refiere a Adolfo de Castro, a quien va dirigida la carta) a quien V. conoce y un tal Aljamí»²⁷.

Más sostenidos son, «post mortem», los ataques dirigidos a Gayangos por parte de Rodríguez-Moñino, bizarro siempre y aguerrido apologista de Gallardo.

«La expoliación de bibliotecas públicas ha sido general y lamentable: por el tiempo en que Libri y Barrois saqueaban las colecciones francesas más valiosas, Durán y Gayangos hicieron pecoreas de algunas españolas muy importantes. Tal vez algún día haya que trazar un capítulo sobre este desagradable tema, no exento de interés histórico»²⁸. La amenaza no ha debido de consumarse jamás, al menos con resultados demasiado cruentos.

Vayamos por partes. Gayangos puso cerco sin duda a libros de la

²⁴ Carta de 26.5.1841, transcrita en o.c. nota 9, quinta serie, págs. 8-9.

²⁵ 15.10.1849. Véase Ford, Richard: *Letters to Gayangos*. Transcr. and annot. by Richard Hichcock. University of Exeter, 1974, pág. 88.

²⁶ O.c. en nota 2, págs. 113-114.

²⁷ Carta a Adolfo de Castro de 20.9.1853. O.c. en nota 5, págs. 317.

²⁸ En Sobolevsky, o.c. en nota 1, pág. 121, nota 26.

biblioteca pública de Córdoba y a fondos destinados a la de Burgos. En esta segunda no persiguió grandes piezas, que las había, sino sencillamente espigar entre los fondos remolones de algún convento que tardaban en llegar a su establecido destino. Para Córdoba contamos con la correspondencia mantenida con los cordobeses F. de Borja Pavón y Ramírez de las Casas-Deza. Es indudable que Gayangos, no sin trabajo, consiguió cambiar libros antiguos por otros modernos y necesarios en una biblioteca pública. Ponderar la culpa supondría saber con exactitud si «unos cuantos libros viejos que nadie quiere» fueron siempre solamente «libros incompletos, duplicados o estropeados»²⁹.

No volverá a repetirse la acusación referida a bibliotecas, aunque aparezca de pasada, cuando Rodríguez-Moñino coloca a Adolfo de Castro —siempre los enemigos de Gallardo— entre los saqueadores de la Colombina³⁰. Los ataques van a desarrollarse centrados en la colección Salazar y en la Biblioteca Nacional. Y en ambos frentes no podrá presentarse más que un caso con capacidad evidente para levantar sospechas.

«Pecorea hicieron (nótese el gusto gallardiano por la palabra para iniciados) de sus fondos (de la colección Salazar), a lo que parece, El Marqués de Valdeflores en el XVIII y D. Pascual de Gayangos en el pasado»³¹. Esta nota al pasar de 1951, va a tomar más amplios vuelos en 1957 con unas páginas de *La de San Antonio de 1823*³². En ellas se monta seriamente la artillería y se concreta lo que hasta el momento habían sido sólo amenazas o esas airadas notas manuscritas (airadas y seguramente precipitadas, puesto que algunas aparecen arrancadas sin duda por el mismo que las escribió) al margen de uno de los ejemplares del catálogo de Roca existentes en la Biblioteca Nacional en las que se atreve a lanzar el estoque a fondo por dos veces, una referida a la colección Salazar y otra a piezas de la Nacional. Por supuesto, el ataque se lanza más bien en defensa de Gallardo, cuya conversación y saberes, si hemos de creer a sus contemporáneos, divertían y deslumbran en un primer encuentro, pero fatigaban y se iban vaciando respectivamente a la larga³³. De todos los disparos de Rodríguez-Moñino sólo hay dos preocupantes por su acierto: el que va cargado con la *Carta y requeri-*

²⁹ Las cartas de Pavón a Gayangos atestiguan que, en efecto, se ponía cuidado en enviarle sólo duplicados. Véase *o.c.* en nota 9, sexta serie, 2-3. Gayangos habla también de «incompletos... estropeados».

³⁰ «Contagiado de las mañas bibliográficas de Gayangos, parece que (Adolfo de Castro) no fue ajeno a los saqueos de la Colombina y de otras colecciones sevillanas.» *O.c.* en nota 5, págs. 292-293.

³¹ *BRAHist.*, CXXVI (1950) págs. 429.

³² Valencia, Castalia, 1957, págs. 33-38.

³³ Un ejemplo lo constituye el recuerdo de Francisco de Borja Pavón en sus memorias inéditas en BN. Madrid, Ms. 19447-19471. El entusiasmo inicial por Gallardo se va apagando considerablemente, a medida que aumenta el trato.

miento hecho de los de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla al rey nro. señor³⁴ y los *Sonetos* de don Luis Zapata³⁵. Es evidente que Gayangos conocía la procedencia de estas piezas. En el primer caso por poseer una papeleta de la *Gaceta* con indicación autógrafa de su signatura originaria y en el segundo porque disponía de un extracto, hecho por el señor Bodegas, del índice de ms. de la Nacional de González también con signatura del manuscrito de Zapata. Gayangos había adquirido muchas veces libros cuya procedencia conocía o sospechaba, como acontece, por poner un ejemplo, con el actual ms. 17.529 con obras de Quevedo y con la encuadernación inconfundible «de badana verde con armas reales» de Uceda³⁶. A veces los ejemplares venían sospechosamente sin portada. La verdad es que Gayangos no era bibliófilo tan puntilloso como don Fernando Colón capaz de anotar en todo caso procedencia y precio de los ejemplares. Sobraban incitaciones para la manga ancha y no estaban los tiempos para tales finezas. En la justificación autógrafa de la procedencia del Zapata se le adivina torpe y mueve a suspicacia. Pero de ahí a la biblio-piratería hay todavía un trecho. Respecto a la *Carta*, todo el peso de la acusación descansa sobre la certeza de que llegara a la Academia en 1850. Gallardo tuvo la colección Salazar en sus manos tanto en la Biblioteca de Cortes como en el monasterio madrileño de Monserrat, desde donde se jacta en cartas a García Luna de soportar misas a cambio de libertades bibliofílicas³⁷. Y el índice que Quadrado y Benavides hicieron de la colección en 1850 fue, según confesión de Cuartero y del marqués de Valdeiglesias, «formado a la ligera en horas veinticuatro»³⁸.

En el fondo, bien puede terminar esta guerra sin más sangre que la aclaración del último de los contendientes:

«Confesamos que no nos es grata muchas veces la actitud de Gayangos y sus procedimientos para adueñarse de libros curiosos, ni la conservación de éstos, aun sabiendo su fraudulento origen, ni sus trapicheos de comerciante, atestiguados con abundancia en sus pro-

³⁴ Sign. R. 34.182-7 de la BN y antes A-12, fol. 279, de la col. Salazar.

³⁵ Ms. 17.686 de la BN, antes M.142, junto con un ms. de Góngora. Curiosamente en la copia de Bodegas para Gayangos figura como H. 124.

³⁶ Se trata de una traducción de Anacreonte por Quevedo, de la que habla Gayangos en carta a Castellanos de 27.2.1839. *O.c.* nota 9, serie quinta, pág. 6.

³⁷ Publicadas por Miguel Artigas en *BRAEsp.*, 15-18 (1928-1931).

³⁸ Véase *Índice de la colección de don Luis de Salazar y Castro*. Madrid, RAH, 1949, t. I, pág. XX. No puede negarse la inmensa cantidad de documentos procedentes de Salazar que, con la colección de Gayangos, llegaron a la Nacional. Sería ingenuo pensar que Gayangos ignoraba la procedencia de tales documentos. Pero falta toda prueba que demuestre que fue él quien los separó de su colección de origen. Las sospechas del Marqués de Valdeiglesias y de D. Baltasar Cuartero (*O.c.*, t. II, págs. 446-447) van más bien en la dirección de Gallardo, que vivió muchos años en «íntimo» contacto con la colección Salazar.

pías cartas. Pero la falta de escrúpulos recae sobre muchos coleccionistas de su generación, y hay que ver las cosas con la necesaria perspectiva cronológica para que no hieran demasiado nuestro modo de pensar»³⁹.

Creo sencillamente que «el más franco y desprendido de los bibliófilos españoles» no tenía alma de bibliófilo, carecía de temple para el secreto y la delectación morosa con sus libros. El frecuentador incansable de bibliotecas españolas y extranjeras, el consultor de todos, el que consideraba menos para sus libros los anaqueles de cualquiera que necesitase su información no era un bibliófilo de raza. O era algo más. No es preciso insistir en su generosidad y desinterés. Nunca aprovechó la ocasión de chalanceo que le ofrecieron sus relaciones con Ticknor y Prescott y sólo tardíamente debió de admitir alguna retribución de este segundo por sus trabajos. En los primeros años de la década de 1840 puede hablarse por centenares de los libros suyos que cruzaban el Atlántico en viaje de ida y vuelta para alimentar las semillas del hispanismo americano. En uno de sus cuadernillos⁴⁰ consta una relación parcial de los numerosos beneficiarios de sus préstamos: «Alex después a Eguilaz y más tarde a Nieto», Agustín Durán, Calderón, Eduardo Saavedra, Adolfo de Castro, Pedro de Madrazo, V. Carderera, Aureliano Fernández-Guerra, Francisco Cutanda, Ximénez Serrano, marqués de Pidal... Toda la erudición española. Tomo sólo algunos ejemplos, seguramente desconocidos, de entre sus papeles conservados en la Nacional. Se trata de dos «requiem» entonados sin ira: «Libros y manuscritos prestados al almirante don Miguel Lobo para escribir su historia de América... Ninguno de éstos volvió a mi poder por haberme contestado la viuda que no habían aparecido»⁴¹. Puesto que el almirante salió un buen discípulo y fue el origen de la Biblioteca Lobo de San Fernando, sería cosa de ver si alguno quedó allá. Y al dorso de otra lista de libros: «Exceptuados el 1.º y el último de esta lista los demás no volvieron nunca a mi poder. Aunque inglés, el señor Duffield se parecía en esto a ciertos bibliógrafos de aquí que se quedan con los libros prestados. Madrid, 5 de mayo de 1889»⁴².

Por todo ello, para retrato de esta mina de datos y de información bibliográfica, me quedo con el de Menéndez Pelayo en su necrología de don Pedro Roca:

«Maestro inolvidable y bibliógrafo sin segundo, que con sus obras

³⁹ O.c. en nota 5, pág. 289.

⁴⁰ Véase *George Ticknor letters to Pascual de Gayangos...* Ed. Clara Louisa Penney. Nueva York, HSA, 1927, y *Prescott unpublished letters to Gayangos in the Library of the Hispanic Society of America*. Ed. Clara Louisa Penney. Nueva York, HSA, 1927. El cuadernillo al que me refiero está en BN. Madrid, ms. 18537.

⁴¹ De una nota autógrafa de Gayangos conservada en los ms. 18.566 de la BN. Madrid.

⁴² *Ibíd.*

propias y con su iniciativa y consejo en las ajenas, fue de los que más eficazmente despertaron el movimiento de investigación que dura todavía, tanto en el orden de los estudios hispano-orientales, como en la historia política y literaria de la España cristiana»⁴³.

Su condición de bibliógrafo se manifestaba en su conocimiento de libros, en la perfección de sus descripciones y en el cuidado por indicar la localización de los mismos y suponía el conocimiento de la historia del libro y de la imprenta que llegaba desde los incunables hasta los últimos catálogos de librero de sus días, pasando por las noticias de la *Gaceta Ordinaria* desde 1677 y por las que algunos libreros daban en las mismas ediciones de obras. Algunas de las cuales, como en el caso de don Pedro Joseph Padilla, librero de Cámara de su Majestad, «constan de cinco o más hojas con 180 artículos varios, como se verifica en las *Aventuras del Bachiller Trapaza* de 1733». El resultado de esta ciencia de los libros puede ser un artículo periodístico⁴⁴ o la edición de obras⁴⁵ en cuyas introducciones y notas derramaba Gayangos toda su sabiduría bibliográfica y pueden ser también trabajos estrictamente bibliográficos sobre los libros de caballerías y los cancioneros (en el *Ensayo* gallardiano bajo las entradas «Anónimas» y «Cancionero»), los cuatro volúmenes del *Catalogue of the Manuscripts in the Spanish Language in the British Museum* que le ocuparon toda la vida y su participación en la edición del *Calendar of Letters... relating to the negotiations between England and Spain preserved in the Archives at Simancas*⁴⁶.

Con todo ello Gayangos se había convertido en el oráculo de su tiempo. Pocos emprendían un trabajo sin consultarlo y muchos aspiraban a ser sus colaboradores. Antes de que Morel-Fatio complete en 1892 la tarea catalogadora de manuscritos españoles en la Nacional de París llevada a cabo por Ochoa en 1844, ya tenía Gayangos anotados en sus cuadernos muchas correcciones y centenar y medio más de

⁴³ En la necrológica de don Pedro Roca, *RABM*, 8 (1903), págs. I-VI.

⁴⁴ Por ejemplo «La carta de Colón al escribano Luis de Santángel». En *La América*, año XI, núm. 7, págs. 5-6. El artículo, tan cuidadoso e interesante para su tiempo como lleno de inexactitudes para el nuestro, es una muestra de las limitaciones bibliográficas de aquel tiempo para la identificación de incunables.

⁴⁵ Puede servir de modelo la hecha, en colaboración con don Vicente de la Fuente de las *Cartas del cardenal don Francisco Jiménez de Cisneros dirigidas a don Diego López de Ayala*. Madrid, 1867, que es, como tantas otras ediciones de Gayangos, una asombrosa demostración de conocimiento de libros.

⁴⁶ Su *Catálogo razonado de los libros de caballería que hay en lengua castellana y portuguesa, hasta el año 1800*, se halla también en la introducción al t. 40 de la BAE. En el cuadernillo ms. 18.477 de la BN. Madrid se conserva un índice de nombres que aparecen en los libros de caballerías.

A partir de 1870, cuando menos, Gayangos utilizó la ayuda del bibliotecario Rodríguez Villa en sus trabajos bibliográficos.

manuscritos⁴⁷. El duque de Osuna, embajador en San Petesburgo en 1864, había puesto seguramente en manos de Gayangos el catálogo de manuscritos españoles de la Biblioteca Imperial y Pública que, en extrañas circunstancias, le había ofrecido el conde Andrés Raptoschine⁴⁸. En 1866 el South Kensington Museum le había invitado oficialmente a tomar parte en el *Universal Catalogue of Arts Books*. James L. Whitney había tenido que admitir las adiciones de Gayangos a su catálogo de la biblioteca Ticknor...⁴⁹. ¿Para qué seguir?

Es la Bibliografía a lo que realmente ha dedicado su vida Gayangos. Y en esta dedicación, como es natural, Gayangos fue hijo de su tiempo. Un tiempo, que, bajo algunos puntos de vista, acaso no ha terminado. Y que ha dejado huellas hasta en el Diccionario de la Lengua («Bibliógrafo=El que posee gran conocimiento de libros o el que los describe»).

Sería preciso hablar aquí de vieja y nueva bibliografía, pero no en el sentido harto confuso en que habla Homero Serís⁵⁰. Ha sido la vieja bibliografía ocupación muy grata para los españoles. «Entre los estudios que han cultivado los españoles con esmero, debe contarse el de la *Bibliografía*, o sea noticia de los escritores que entre ellos han florecido y de los libros que escribieron»⁵¹. Podemos leerlo en *Ocios de españoles emigrados*, una de las joyas que nos llegaron con la colección de Gayangos y en la que, contra lo que pudiera suponerse, la preocupación bibliográfica, por la pluma de Joaquín Lorenzo Villanueva, ocupa más espacio que ninguna otra. Villanueva da allí, acaso antes que nadie, la mejor definición de la *bibliografía* concebida, claro está, todavía perfectamente aderezada «con las luces de la crítica y de la historia», pero ya por encima y por delante de la concepción expresada por Sancho y Zarco en el prólogo del *Ensayo* de Gallardo, de la repetida frase de Harrissee («La bibliografía es auxiliar de la historia»)⁵², de la afirmación juvenil de Menéndez Pelayo («La crítica ha de ser la primera condición del bibliógrafo») y hasta, viniendo más cerca, de la acertada visión que don Pedro Sáinz Rodríguez da de la bibliografía decimonónica como fuente de los estudios de historia literaria⁵³ y del pensamiento

⁴⁷ Ms. 18.478 de la BN. Madrid.

⁴⁸ Ms. 18.566 de la BN. Madrid. En este, en el anterior y en otras notas de Gayangos aparece su preocupación por la historia del libro y hasta de la lectura. El documento del duque de Osuna en Ms. 19.551-4.

⁴⁹ Whitney, James J.: *Catalogue of the spanish library and of the portuguese books bequested by George T. Ticknor to the Boston Public Library...* Boston, 1879. Reprod. anast. 1968.

⁵⁰ En *Homenaje a Rodríguez-Moñino*. Madrid, Castalia, 1966. T. II, pág. 197 s.

⁵¹ *Ocios de españoles emigrados*. Periódico. Núm. 5, agosto 1824, pág. 1. El periódico, de un liberalismo moderado, es un modelo de bien entendido patriotismo. El estudio bibliográfico al que nos referimos es sumamente acertado y avanzado para su tiempo.

⁵² Lo cita, por ejemplo, Domingo Belmonte en su *Centón Epistolario*, pág. V.

⁵³ En *Don Bartolomé José Gallardo y la crítica literaria de su tiempo*. Nueva York-Paris.

de Rodríguez-Moñino («La obligación del bibliógrafo no es la de repetir lugares comunes, sino... la de ahondar en lo ignorado»). Todo esto era la vieja bibliografía, mezcla de tantas disciplinas, que sigue conviviendo con la que José Fernández llama nueva y que acaso siga siendo también mezcla de muchas disciplinas⁵⁴.

Por lo demás el fenómeno no es nuevo y se repite en el proceso de configuración epistemológica de cualquiera nueva ciencia. La bibliografía romántica se identificaba con lo que ahora llamaríamos bibliología y resultaba ser una combinación de saberes sobre libros y sobre bibliotecas que descansaba sobre intereses científicos históricos y literarios. El bibliógrafo, que se iba configurando, «ante litteram» e inconscientemente, como bibliotecario —también romántico—, era, pues, una mezcla de bibliófilo, bibliógrafo y erudito (que más tarde, llegada la hora de tener y aplicar al trabajo el «espíritu científico» se llamará investigador).

Pero no basta con esta explicación que podría pertenecer a la historia de la ciencia. El bibliógrafo «antiguo» ha vivido siempre alimentado por un sueño secreto y sostenido por una decidida pasión. Sólo así puede explicarse —como en el caso de la fiebre creadora del artista por su obra— el trajín incontenible por la realización de una obra interminable que efectivamente no se terminará nunca.

El sueño secreto es el de la exhaustividad, el de la obra definitiva. Un viejo sueño. Gallardo, Gayangos y Menéndez Pelayo, ocupando todo el siglo XIX son casos paradigmáticos, cada cual a su modo. El caso del *Ensayo* de Gallardo es una confirmación histórica. Para el hombre curioso, antes de que existieran en abundancia libros de libros, libros capaces de recoger toda noticia de y sobre los libros (en el fondo, lo que llamamos obras de referencia), el libro era una incitación a dejarse recoger todo él en su vehículo expresivo y en su contenido noticioso. Gallardo vivió de su siempre comenzado diccionario, de su siempre pergeñada gramática, de su interminable —como la obra juanramoniana— *Historia crítica del ingenio español*. Es de creer que acontecimientos tan lamentables como el de San Antonio de 1823 y tantos otros de azarosa vida le vinieron bien para justificarse ante sí mismo. Gayangos tan maravillosamente terrestre y sereno pudiera dar la impresión de no soñar tanto. Pero soñó. Los miles de papeletas de su mano conservados en la Nacional nos hablan de un proyecto de diccionario de la lengua y de otro de autores. El viejo anhelo por una historia de la literatura castellana se adormeció y halló alivio con su traducción compartida de la obra de Ticknor.

1921, y en «La historia literaria en los antiguos bibliógrafos españoles». *Homenaje a don Agustín Millares Carlo*. Las Palmas, 1975. Tomo I.

⁵⁴ Véase Fernández Sánchez, José: *Historia de la bibliografía española*. Madrid, Dir. Gral. del Libro y Bibliotecas, 1983. Págs. 104, 135 s. y *passim*.

Vengamos al *Ensayo* de Gallardo. Comenzó su publicación al ser premiado, después de los manejos que nos cuenta detenidamente La Barrera, por la Nacional en 1861 y no se terminaría jamás por más que en él concurriesen todos los bibliógrafos de la vieja guardia: Sancho Rayón, Zarco, Gayangos, Fernández-Guerra, Asenjo Barbieri, Uhagón, Menéndez Pelayo... hasta Rodríguez-Moñino⁵⁵. No es ya que ni Nicolás Antonio, ni Gallardo, ni Salvá... pudieran ver impresas sus obras en vida. Es que eran obras imposibles de cerrar. Hacer una «biblioteca»: escribir algo de mucho, algo de todo, todo de todo. «Omnia in uno». Este era el sueño. Como tantas veces, unas en profundidad y otras en extensión, también para el bibliógrafo «ars longa, vita brevis».

La pasión del bibliógrafo ha sido distinta, aunque no tanto, en el caso de los autores de «bibliotecas» al estilo de Nicolás Antonio y en el de los inclinados a los «Ensayos» en la huella de Gallardo. El prólogo de la obra antoniana, en la línea de las viejas «laudes Hispaniae» nos hablan de una pasión apologética de España bien visible ya y confesada en el prólogo de Pérez Bayer a la segunda edición de la *Vetus*. Otra era la pasión romántica. Guerras (sobre todo la de la Independencia) y desamortización habían echado a la calle «el pasado bibliográfico español» y los hombres del romanticismo más ansiosos de encontrar el espíritu de los pueblos que de apurar las normas clásicas o de fijar los cánones y normas universales de la belleza se lanzaban sobre estas venerables reliquias. En ellas se nutría el estilo arcaizante de Gallardo, de ellas vivían las creaciones literarias de Martínez de la Rosa, El Solitario, el duque de Rivas, Espronceda o Zorrilla. Antes de que llegara la hora de la organización y crítica de materiales por parte de los historiadores rigurosos, comenzaba el trabajo de acarreo y de resurrección de textos, de redacción de papeletas capaces de reflejar y hasta de descortezar un documento. «Colligite fragmenta». Pocos aprovecharon más que Gayangos la posibilidad de desahogar esta pasión a través de sus ediciones en la *Biblioteca* de Rivadeneyra, en las *Memorias* y en el *Memorial Histórico Español* de la Academia de la Historia, en las *Colecciones* de la Sociedad de Bibliógrafos Españoles o en las emprendidas por Sancho Rayón como lo había hecho antes en Londres por la Sociedad Oriental.

Andando el tiempo la bibliografía será otra cosa. O acaso lo había sido ya (recordemos los casos de Fernando Colón o del *Diccionario* de Hidalgo)⁵⁶ haciendo camino por otra vía. La bibliografía se enfriará y se convertirá en oficio, sin fuego ni aventura. Ya no podrá tener otra pasión que la de ordenar el tránsito en el flujo de la comunicación

⁵⁵ Rodríguez-Moñino tuvo siempre la intención, repetidamente manifestada de continuar el *Ensayo*... Desgraciadamente no pudo realizar esta empresa, así como tampoco la del epistolario de Gallardo.

⁵⁶ *O.c.* en nota 54, pág. 104.

humana, sin extasiarse ante los contenidos culturales concretos del libro. El bibliógrafo, despojado de toda balanza, tendrá que redactar un documento capaz de identificar y hasta de localizar un libro. Para ello le vendrán bien todos los viejos conocimientos tradicionales. Pero tendrá también que atenerse a normas estrictas en su redacción y ser capaz de clasificar e indizar los documentos intermedios redactados. Sencillamente —y sin que ello suponga que nadie quede desterrado de ninguna patria— el historiador quedará reducido a historiador, el bibliotecario a bibliotecario, el bibliógrafo a bibliógrafo. Esta es la humilde aceptación del progreso, el «triste» tributo a la hinchazón del conocimiento, la única manera acaso de vencer o evitar la babelización del mundo.

Este fin de una era alcanza también a los bibliotecarios españoles. Ya la reforma Jovellanos de la Nacional en 1788 supuso una orientación en el sentido de la bibliografía romántica, pero fue el reglamento de 1857 lo que consagró la situación con la creación de los premios de bibliografía, pero sobre todo con esta clara declaración de principios: «Artículo 3.º. Los empleados de la Biblioteca Nacional consagrándose con empeño a la formación de índices por autores y materias, comenzarán desde luego a redactar un *Diccionario biográfico y bibliográfico* de todos los escritores españoles.» Era el viejo sueño bibliográfico convertido en ley, en el decreto de aprobación del reglamento, firmado por el mismo ministro, Claudio Moyano, que daría a luz, año y medio más tarde, al Cuerpo Facultativo⁵⁷.

Gayangos había tenido algo que ver en este parto, como nos informa él mismo en carta a Pavón de 6.11.58: «Ocupado como ando en el arreglo del personal y material de Archivos y Bibliotecas, apenas si tengo tiempo para escribir a V. estos renglones... Se trata de crear un cuerpo de Archiveros-Bibliotecarios decente y arreglar todas las bibliotecas del Reino»⁵⁸. El Cuerpo Facultativo iba a conseguir por fin todo lo que no habían conseguido las disposiciones desamortizadoras y sus derivadas con la creación de juntas y de comisiones: el nacimiento de la biblioteca pública y la seguridad del tesoro bibliográfico nacional.

Gayangos formó parte de la primera Junta Superior, presidida por don Modesto Lafuente, y formaría parte de la Junta Asesora o Facultativa como representante de la Academia de la Historia y en compañía de su yerno y director de Instrucción Pública, Juan Facundo Riaño. Está por estudiar lo que Gayangos pudo hacer por las bibliotecas y por sus conservadores. Y nada tiene de sorprendente esta última forma de relación con los libros en quien había sido archivero del general de la

⁵⁷ España (Leyes, etc.): *Decreto orgánico y reglamento de la Biblioteca Nacional* dados por S. M. en 5 y en 7 de enero de 1857. Madrid, Imprenta Nacional, 1857.

⁵⁸ Carta a Pavón de 6.11.1858. O.c. en nota 9, sexta serie, pág. 15.

Real Casa y Patrimonio de S. M., fue buen amigo de muchos bibliotecarios y los tuvo siempre a todos en la mayor estima. De la rectitud de su proceder en la junta tenemos testimonio en una carta extrañamente dura al tantas veces citado y siempre lloroso Luis M. Ramírez de las Casas-Deza⁵⁹. A favor de su desinterés habla el hecho de que no aprovechara la ocasión de encaramarse a la Nacional. No creemos que tuviera nada que ver con el decreto de incautación de Ruiz Zorrilla de 1.º de enero de 1869 que —a la manera de Carlos III con la expulsión de los jesuitas— había de ser ejecutado en secreto y que sirvió, entre otras cosas, para enriquecer a la Biblioteca Nacional con muchas de sus joyas bibliográficas y para que fuera asesinado el gobernador de Burgos en la catedral. No era la primera ni la última vez que la corrección de «hechos escandalosos» provocaría leyes escandalosas también⁶⁰.

En todo caso, Gayangos nunca hubiera escrito las siguientes líneas: «Libros que ya no se ven jamás sino en bibliotecas públicas, sin que quede al bibliófilo otro consuelo que el de consultarlos allí, renunciando al placer de que algún día venga a nutrir sus anaqueles.» ¿Es posible que las bibliotecas que, según Unamuno, han matado a la universidad⁶¹ (aunque no en España, por cierto) hayan matado también la bibliofilia? La respuesta tiene que ser afirmativa, si nos referimos a la bibliofilia romántica. Pero esta muerte es una autoinmolación. Desde que la Biblioteca Nacional recibió la avalancha bibliográfica de la que hablábamos al principio, se han perdido casi todas las posibilidades de aventura. No es hora sencillamente de bibliolatrías. Hay una casa ya para los cancioneros, los romanceros, las crónicas, los libros de caballería, las piezas de teatro, los pliegos de cordel. Una casa para todos. Es enternecedor comprobar cómo cada vez que Gayangos afirma que una obra es muy rara y hasta que no hay ejemplar en la Nacional (y la afirmación era verdadera cuando se hacía) se pueden presentar ahora hasta media docena de ejemplares⁶².

El milagro es debido a hombres como Gayangos, cuya grandeza de ánimo tuvo el premio de no ver dispersarse todo el esfuerzo nada interesado de toda una vida. Creo que la dispersión del tesoro

⁵⁹ Carta de 30.5.1858. *Ibid.*, pág. 25.

⁶⁰ Véase Ramírez de las Casas-Deza, *o.c.* en nota 2, págs. 275-276.

⁶¹ Unamuno hace esta afirmación referida más directamente a la imprenta en varios lugares. Por ejemplo en «La enseñanza universitaria. Ponencia presentada a la II Asamblea Universitaria celebrada en Barcelona de 2 al 7 de enero de 1905».

⁶² *Homero Serís no deja de caer con cierta frecuencia en inexactitudes. Es admirable comprobar cómo habla sistemáticamente (sobre todo en *Nuevo Ensayo...*) de obras raras y hasta «única» ofreciendo las signaturas de la HSA o del British Museum, cuando hay varios ejemplares en la Nacional. Ir de la correspondencia de Gayangos a los catálogos de la Nacional supone comprobar de continuo el enriquecimiento que supuso para nuestra Biblioteca la existencia de la bibliofilia romántica.*

bibliográfico nacional, cuando es mucho, sirve para el enriquecimiento cultural de un país y, por consiguiente, no deploro sistemáticamente el hecho de que, por poner un ejemplo, Rodríguez Marín diese «inocentemente el paso para (la) enajenación» de la biblioteca del marqués de Jerez de los Caballeros⁶³, donde había confluído tanto de Gallardo y todo lo de Sancho. Pero he de hacer observar que el enriquecimiento del tesoro bibliográfico y más en concreto de la Biblioteca Nacional debe más a los esfuerzos de bibliógrafos como Gayangos que a sus propios bibliotecarios. Iriarte, Santander, Nasarre, Conde son nombres de bibliotecarios cuyas bibliotecas salieron al aire de las subastas. Pérez Bayer o Menéndez Pelayo prefirieron tenerlas cerca de donde iban a descansar su cuerpo. No abundan entre nuestros fondos tanto como fuera de esperar marcas y ex-libris de bibliotecarios. Pero los libros de Gayangos están todavía ahí, acudiendo solícitos de continuo a la llamada de quienes, revelándola, revisándola o profundizándola, difunden la cultura española escrita.

⁶³ Francisco Rodríguez Marín lo dice en *Burla Burlando*, 1914, pág. 80.